

cartas de Inocencio I y los escritos de San Jerónimo, al fin y al cabo, la recoge el obispo de Roma, que funda sobre las ruinas del Olimpo y del sacerdocio pagano, la autoridad y el imperio de la nueva Iglesia. No tuvo Roma el privilegio de conversar con Cristo como Jerusalen; no oyó en sus calles aquellos apologistas griegos, que conservaron el esplendor de la antigua elocuencia en las calles de Atenas, eterna diosa del arte; no contó entre sus glorias aquellos ilustres Padres de la Iglesia que inmortalizaron como Orígenes á Alejandría y como San Agustín á Cartago: ninguno de los grandes nombres cristianos que brillan en el cielo de la historia por estos primeros cinco siglos pertenece á Roma; ninguno de los concilios ecuménicos se encabeza y preside por los magistrados espirituales de esta ciudad inmortal: bien por lo contrario, el día del juicio final del antiguo mundo, el día en que el fuego de Vesta se apaga, en que el templo de la Victoria se cierra, en que los últimos sacerdotes y los últimos senadores, fieles á la religion pagana, aplicando el oído á las cavernas misteriosas no oyen la voz de los oráculos y entrando en el seno de las selvas sacras, iluminadas por Diana en la plenitud de su luz, no ven las formas de las diosas adoradas, y arrojan, desde lo alto del Capitolio, la corona de verbena y el tirso de oro, los últimos signos del paganismo; Roma, eternamente pagana, se envuelve como la Jerusalen del Profeta en cenizas; y lega á sus herederos, los pontífices católicos, todo lo que hay en su seno de inmortal, su jurisprudencia, su política, su autoridad, su organizacion, su disciplina, con las cuales podrá el nuevo pontificado romano, del antiguo nacido y derivado, someter á los bárbaros y regir toda la Edad Media.) 18002

### CAPÍTULO III

#### ESTABLECIMIENTO Y ORGANIZACION DEL PONTIFICADO

En el capítulo anterior definimos la naturaleza de esta institucion altísima, y los precedentes que tuviera en la historia romana. Tócanos ahora ver cómo, por qué medios, el Pontificado se estableció y se reorganizó de tal suerte que llegara poco á poco y por una serie de sucesivas conquistas espirituales, á dirigir y á encabezar toda la Edad Media, esa edad verdaderamente pontificia. Siguen las ideas camino bien misterioso, primero por la conciencia y despues por el mundo. Muchas doctrinas, muchas revelaciones, muchos precedentes dialécticos las preparan, como otras tantas profecías de las conciencias, que engendran otros tantos presentimientos en los corazones. Toda grande idea tiene por necesidad grandes profetas que la anuncian. Y cuando ha llegado al término necesario la preparacion, sobrevienen los reveladores. Y el revelador suele ser un sublime individuo, que no satisfecho con haber difundido la idea, le ofrece la vida y llega hasta morir por ella, elevándose de revelador á redentor en los altares de la historia y en el agradecimiento de la humanidad. El sacrificio, la muerte, léjos de desavenirle y separarle con su horror los corazones, los atrae á él y los encadena. Y en torno de cada idea verdaderamente progresiva, destinada en los designios providenciales á cambiar la sustancia social, se forma y se agrupa y se organiza una secta. Y estas sectas obedecen á un doble trabajo interno y externo. Internamente tienen que vencer los extravíos y exageraciones de su propia doctrina, extravíos que en religion se llaman herejías; y externamente tienen

que luchar con la resistencia opuesta por todos los intereses existentes á todas las innovaciones progresivas. En ciertas épocas de libertad alcanzan las sectas derecho á la vida; y si no acreditan su pensamiento, lo expresan y manifiestan; pero en otras épocas no logran las sectas esa facilidad, y perseguidas y acosadas y puestas en el potro de todos los tormentos, tienen que aspirar á vivir, cuando apenas la vida es para ellas posible. Pero si las ideas nacen con verdadera vitalidad y responden á las necesidades sociales, cobran acelerado movimiento de las mismas resistencias y de las mismas oposiciones que las contradicen y que las niegan. Y poco á poco, por la predicacion, por la propaganda, por la controversia, por el martirio mismo, las ideas se van apoderando de los entendimientos y van constituyendo como el sentido general de la sociedad, como el espíritu de una época histórica. Y cuando esto pasa, trasfórmanse las ideas, y se generalizan, y se extienden, y se difunden, y componen las costumbres, y dictan las leyes, y suben á las altas cimas del Estado, y persiguen á los mismos que las han combatido y sojuzgan á los mismos que las han negado. Misterioso círculo el de las ideas; misteriosa respiracion la respiracion de los espíritus que las recoge: ninguna fisiología ha dicho todavía cómo se nutren y cómo se alimentan las almas, y es indudable que tienen una fuerza de asimilacion prodigiosa. El rayo de sol, que cae sobre el mar, evapora una parte de sus aguas á los besos del calor, y levantándolas en el aire vago, forma la nube indecisa que luego despide la lluvia ó el rocío; el cerebro del hombre recoge la partícula de fósforo y las venas la partícula de hierro y los pulmones la partícula de oxígeno, indispensables á esa misteriosísima combustion que se llama la vida. Pues mayores fuerzas de asimilacion tiene todavía el pensamiento. Así las ideas nuevas pasan por la palabra, por el Verbo divino, de una en otra conciencia; fundan apostolados y sectas; reúnen cenáculos y concilios; bajan á las Catacumbas en la persona de los creyentes como baja la semilla á la tierra; suben á los circos y á los tormentos en la persona de los mártires como sube el tallo al cielo; luchan abiertamente con las oposiciones internas de las herejías y con las oposiciones externas de la ley; hasta que, apoderándose de la universalidad de los espíritus, llegan á regir y á imperar en las altas esferas del Estado. Pero ¡ah! que esta grande trasmutacion de las ideas no puede verificarse, no

se verifica jamás sino por medio de las revoluciones. Podrán estas tener un carácter mas ó menos pacífico; emplear una fuerza mas ó menos vivaz; adquirir un impulso mas ó menos batallador; pero las sociedades humanas se desahogan por las revoluciones como se desahogan los volcanes terrestres por la periódica erupcion. Solamente el apostolado y la propaganda pueden conseguir que la idea se convierta en secta, en escuela ó en partido; y solamente la revolucion puede conseguir que la secta, que la escuela, que el partido se trasformen á su vez en Estado y en gobierno.

La idea cristiana tomó su tendencia mas positiva y mas práctica en Roma, que le diera la forma católica. Tomando la idea cristiana su carácter mas práctico en Roma, debía tomar allí también su organismo de Estado y de gobierno. Por consiguiente, Roma debía ser en la lógica de la historia por fuerza la capitalidad augusta del Pontificado. Pero el Pontificado, supremo organismo de la sociedad cristiana, en manera alguna podia prevalecer y predominar, sino por medio de la revolucion. Llamado este grande instituto religioso á heredar al Imperio, á aquel grande instituto político, no podia heredarlo sino despues que las erupciones volcánicas de la revolucion le hubieran allanado el camino destruyendo las eminencias sociales, que ó bien le hacian sombra ó bien contrastaban su autoridad y su poder. Necesitando, pues, el Pontificado una revolucion, vinieron á dársela, á traérsela providencialmente los bárbaros. En aquella hora terrible, al resplandor siniestro de los incendios, al estruendoso ruido de las ruinas, cuando las selvas del Norte y las orillas del Rhin y del Danubio abortaban los hijos de los esclavos, venidos en tropel con la espada, la tea y el puñal, á vengar la deshonra y la servidumbre de sus padres; inerme la sociedad antigua y todavía no bien formada la nueva; demasiado decrepito el viejo mundo histórico y demasiado niño el nuevo mundo social; resultaba de todas estas coincidencias, como una indeclinable conclusion lógica, la fuerza y la autoridad del Pontificado, heredero de los Césares antiguos; y en coyuntura tan favorable, que sin tener los crímenes y las tiranías de estos, tenia su propia autoridad y su prestigio. Mucho se extendiera la idea cristiana en los tres primeros siglos de la historia moderna; pero no llegara con tanta facilidad á la victoria definitiva, sin aquella fundacion de Constantinopla, la Roma asiática, la Roma oriental, destinada

indudablemente á recoger todo el Cristianismo helénico, es decir, todo el Cristianismo metafísico, y á propagarlo con mayor facilidad que Roma, porque no tenia las tradiciones paganas de la Ciudad Eterna, la cual debiera al paganismo toda su autoridad y todo su poderío en el mundo. Las condiciones de la política romana daban de sí el Pontificado como natural heredero del imperio. La tendencia á la autoridad y al Estado originaba esta grandiosa organizacion pontificia, en virtud de la cual cristalizábase la pura idea cristiana en fuerte organismo político. Pero, así como el Cristianismo metafísico no hubiera triunfado, humana y filosóficamente hablando, sin la fundacion de Constantinopla, á cuya sombra se celebró el concilio de Nicea y se promulgó el Símbolo de la fe; el Cristianismo jurídico, el Cristianismo político, el Cristianismo pontificio no hubiera triunfado tampoco sin la venida de los bárbaros, los cuales arremetian furiosos al César material y se paraban sumisos ante el César espiritual; derribaban el soberbio Capitolio y se rendian á la vista y á la contemplacion de las iglesias. Del seno de sus selvas traian odio implacable al Estado que fué la ergástula de sus abuelos; odio mas implacable todavía á los dioses en cuyas aras sus abuelos fueran inmolados en las terribles fiestas del circo; al mismo tiempo que supersticioso respeto al nuevo Dios, al Dios crucificado, vencido y esclavo como ellos, víctima propiciatoria como ellos sacrificada en los altares paganos, y cuya representacion tenia el venerable viejo, llamado obispo de Roma, que al levantar sus brazos y sus ojos al cielo espiritual de la nueva fe, parecia maldecir como los bárbaros aquel antiguo mundo, en el cual solo experimentara los asaltos de la persecucion y los horrores del martirio. Nadie se exime, ni los individuos, ni las entidades sociales, nadie, de la ley general que rige á la historia. Así como todos nacemos entre dolores, entre lágrimas, entre sangre; las instituciones, que se creen mas inmaculadas, las mas conservadoras, las representantes mas antiguas y mas legítimas de la tradicion, tambien nacen, como el último de los hombres entre dolores y lágrimas y sangre, como la última de las instituciones, al estallido de la revolucion.

En toda la literatura hebraica, especialmente en los libros proféticos, hay una parte llamada apocalíptica, la cual consiste en una serie de amenazas contra las ciudades que cautivan á los hijos de Judá y oprimen á la santa Je-

rusalen. Pues la literatura cristiana, desde los primeros tiempos evangélicos, cuenta á su vez apocalipsis como el de San Juan, que bajo la alegoría de las ciudades antiguas, amenaza horriblemente á la Roma pagana y á sus terribles tiranías. Rotos los siete sellos del libro de la vida; extinguidas las siete discordantes voces de los clarines de la destruccion; arrojado Satanás á las llamas eternas; debe brotar como humilde flor en primavera la nueva tierra redimida y deben extenderse como luz suave las nuevas alboradas sin mancha y debe elevarse la nueva humanidad tan pura como si jamás saliera del paraíso, para todo lo cual vendria antes la guerra montada en caballo, cuyas crines destilan sangre, cuyas narices humean muerte, cuyas herraduras trituraran generaciones; y en pos de la guerra descenderán los ángeles exterminadores, mas terribles aun que la guerra misma, esgrimiendo en vez de espadas sangrientos cometas, y se dirigirán á la nueva Babilonia, sentada sobre las espaldas de cien pueblos siervos, vestida de escarlata, tinta en sangre humana, poblada de dioses engañosos, y la desarraigarán de la tierra como una vieja encina, y la arrojarán al mar insondable, donde ha caido el monstruo de siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren á la continua siete maldiciones contra Dios, y extinguirán así el sensual cántico pagano, despues de cuyas cadencias solo podrá oirse en los inmensos espacios el *Hosanna* inmortal comunicado por los hombres á los astros, por los astros á los ángeles, por los ángeles á los arcángeles y á los serafines en alabanza al Dios de la verdad y de la justicia.

¿Quién habia de creer que esta amenaza de un poeta desconocido por el antiguo mundo, dicha cuando Roma estaba todavía en el zenit de su poder y de su gloria, iba fatalmente á cumplirse y á consumarse cuatrocientos años mas tarde, en medio de los mayores sacudimientos que ha sentido la tierra y de las mayores tragedias que ha presenciado la historia? En todo el Norte del imperio romano extendíase misteriosa tierra, cuyos bordes mas conocidos eran el Rhin y el Danubio, pero cuya extension apenas podia medirse y calcularse, perdida como estaba en las nieves del polo y en los desiertos del Asia. Pues aquí, en esta tierra misteriosa, encontrábase el castigo tremendo aparejado á las tiranías de Roma y la renovacion necesaria de la sangre en las venas podridas y cancerosas del Imperio. Cumplidos los dos fines capita-